

*Hubo días distintos  
hechos a la medida  
de nuestro deseo de estar juntos.  
Tan generosamente breves  
como una canción  
que no recordamos haber  
aprendido.*

*Y hubo noches también:  
irrepetibles  
iniciadas antes de toda  
oscuridad  
y concluidas mucho después  
del alba*

*Era que bastaba una caricia  
para que el tiempo ya no fuera  
esta mentira que nos vive.*

El giro esencial es hacia el erotismo. Poemas de amor, sí, pero no los de quien va al amor sino los de quien viene de hacer el amor, y lo que vale es el hecho escueto de existir, con su afirmación a ultranza, de la cual parte la poetización, o de la mujer como un infinito surtidor de nostalgia. De la misma manera que hay habitaciones, hay calles, firmamentos, lugares, nombres, episodios, dentro de una esbelta alegría de vivir que hace del recuerdo un deseo y del deseo un recuerdo:

*Me he estado preguntando  
quiénes ocuparán ahora  
nuestro pequeño albergue  
transitorio  
y qué rostro distinto  
colgará en el espejo  
en el mismo lugar donde  
quedabas  
doblemente desnuda.*

La transparencia en vida y lenguaje enmarcaría estos poemas, su nacimiento y ejecución: la precisión verbal, el gesto, la destreza dentro de una melodía tradicional, que, a pesar de los motivos cotidianos y el tono coloquial, no quiebra el sistema del verso de estirpe española.

Hay, en especial, un poema que ilumina, no tanto la actitud final como el sentimiento primordial de este libro, uno de los que mejor explican su unidad y las mismas figuras del lenguaje, en cierto modo desgarrado, carente de figuras; es el titulado *La Soledad*:

*Si miramos el rostro de la amada  
y cerramos los ojos  
para palparlo luego en la  
memoria*

*el fantasma del miedo nos  
traiciona.*

*Por eso los amantes  
no se dan nunca nada el uno al  
otro*

*y las manos que recorren los  
cuerpos*

*no persiguen la piel  
sino el olvido de la futura  
soledad.*

*Y las caricias se prodigan  
no a los cuerpos  
sino al vacío de la ausencia  
al temor de quedar sin  
compañía.*



Es el afán de abrazar en el instante la conciencia de ser y el dolor de no ser reflejado en el instante que, como él, va a dejar de ser; olvido y soledad negados no en el acto de amar sino en el de haber amado. La pregunta al encanto se responde con otra: ¿Cómo sobrellevar la nostalgia o hacer de ella la alegría? Toda edificación viene después de algún derrumbe, y en el cansancio que viene después. . .

Del erotismo puede llegar a hacerse una teoría de la vida, si determina la relación con ella; puede limitarla, como en efecto lo hace, pero la ahonda y singulariza. Entonces, de la teoría se salta a la dimensión afectiva, que es de la que está hecha cualquier poesía. Y hay una doble raíz en Miguel Méndez, que a él tocará conciliar: clásica en cuanto al poeta que crea, y romántica en cuanto al hombre que vive. Pero, por lo anterior todo, me asaltan igualmente dos convicciones, cuyo origen ahora no preciso: una es la de que no es posible creer en la vida de los que no aman como tampoco en la muerte de los

que aman; y la otra, que los cuerpos se entienden, pero las almas no.

JAIME GARCÍA MAFFLA

## “El amor no es efímero: es efímero el tiempo”

Vana stanza

Amílcar Osorio

Fundación Simón y Lola Guberek,  
Bogotá, 1989

Una referencia obligada a un documento innecesario de citar, para encauzar los pasos hacia esta *Vana stanza*, de Amílcar Osorio: “Pretendió ser en todo sentido la versión tropical de Jean Genet. Un error de perspectiva. De espaldas a su generación, se hundió en un silencio de dos años, solo como un remordimiento. Ahora se ha reintegrado al grupo abandonando su seudónimo de Amílcar U, por su verdadero nombre Amílcar Osorio. Escribe sus ‘naderías’ en inglés, francés, y un *espagnol* sofisticado”. Estas líneas que, salidas de mano de Gonzalo Arango, dibujaban la estampa de cada uno de los integrantes del movimiento nadaísta, cuando vivía el apogeo de su escándalo, iluminan ahora especialmente.

Y a un libro como el aquí glosado hay que situarlo en el marco de su época, pues los movimientos literarios (con manifiestos, proclamas, pensamientos) exigen de las obras que los plasman cierta manera de ser. Hay que mirarlo en forma relativa, si verdad es que los autores (pongamos el caso de Breton), llegan a obras de valor intemporal cuando abandonan los movimientos que los han hecho posibles. En este caso es el nadaísmo, nuestro extemporáneo movimiento de vanguardia, con una postura y un lenguaje que a Colombia llegaron más o menos con cuarenta años de



retraso en relación con las vanguardias de Europa, España e Hispanoamérica.

El nadaísmo existió, y no acertamos a entender por qué quienes a él pertenecieron se empeñan en empobrecerlo (y empobrecerse) al intentar continuarlo. Acaso ello sea semejante al acto de quien debe regresar al hogar en cenizas. Existió, decimos, y hay un puñado de obras que de él dan fe, entre ellas la especialmente lúcida de Amílcar Osorio, pues, no obstante la extemporaneidad, supo hacer suyo, como necesario, el auténtico espíritu del vanguardismo, dando un sentido a la experimentación y la exploración.

¿Qué hizo o qué deshizo el nadaísmo, hay un legado real o un aporte cierto? Durante mucho tiempo he pensado que ninguno de nuestros nadaístas avanzó un paso más allá de la línea que en 1918 trazara al lenguaje poético Vicente Huidobro en *Altazor*. Pero hay otros rumbos y hay con ellos que ir a estas páginas que son algo como una antología total, así explicada en la presentación: "Esta selección recoge poemas que han sido compuestos desde 1962 hasta 1984. No están ordenados cronológicamente, ni los libros a los cuales corresponden están completos: algunos de ellos pertenecen a traba-

jos en proceso. Varios de ellos han sido publicados, ninguno de manera definitiva". Añadimos que las fechas de Osorio señalan una vida breve: 1840-1985, en distancia de la cual es ya posible fijar su obra en el curso de la poesía escrita en Colombia.

Hay en sus versos un punto de partida: la creencia en la poesía, así como, en inicio, hay dos epígrafes que, por el marco arriba aludido (la unión a cierta tradición), extrañan: uno es de T. S. Eliot acerca de la experiencia poética, y el otro de L. Wittgenstein acerca de la existencia de lo místico. En acuerdo con ellos, la lectura revela un intelectualismo casi exacerbado, en distancia de la vida, que lleva los poemas hasta lo críptico o lo hermético:

*Sin cuerpos flotan alas,  
de las vigas caen.  
a tres cámaras se dan las puertas:  
de la que fuera dormitorio,  
caminante la claridad adviene  
por el tablado, pero no llega;  
de la que fuera laudatorio  
proviene el viento que se va  
por la que fuera para conciertos  
hasta el patio.  
huecos de clavos en las paredes  
al estuco,  
e inquieta la cadena de una  
lámpara  
que alumbrara los cristales,  
porque aquí se bebía.  
botellas en un rincón y sellos  
violados.*

Sobresale, por ejemplo, un sentimiento de las palabras que, más que a las vanguardias, señalaría en el caso de Osorio una adhesión al pasado simbolismo, por los ambientes, los climas que calificaríamos de desasimiento y lejanía, con un hombre especial: S. Mallarmé. En el documento transcrito hay otras líneas: "Injertó a su obra, en una aventura fecunda, todos los experimentos y estilos de vanguardia desde el surrealismo al objetalismo. Educado en latín de sacristía y en otras disciplinas esotéricas. . ." Casi lacónico, el lenguaje de los poemas todos de *Vana stanza* devuelve algo como los reflejos mentales que van de la experiencia de la lectura a la experiencia del mundo, de la iniciación en la poesía al desarraigo de la vida, involucrada cierta

nostalgia lírica cultivada por los poetas de estirpe oriental:

*Termina la fiesta  
si apenas empieza.  
Y ya se van  
los amados que no llegan.  
Faltan tanto.  
Apenas mana el vino  
vacías ya las copas,  
vacías las botellas.  
Los labios se entreabren  
y ya se ha ido el beso.  
El amor no es efímero,  
es efímero el tiempo.*

Una ausencia es notable, tras el subtítulo del libro *Diván selecto*, ausencia de dos rasgos primeros de los escritores nadaístas (con la excepción de quien se empeña en calificarse como tal sin haberlo sido: Armando Romero); el humor y la desdignificación. Tampoco en Amílcar Osorio el juego verbal forma parte del ingenio, siendo éste el enemigo primero de toda poesía.

Nuestro intento, acaso vano, sería separar a Osorio del nadaísmo o señalar en él una superación de la postura que tal vez en un comienzo le diera alas. Pero la conciencia del poema y de las vetas que de la visión llevan al lenguaje poético; la urgencia al tiempo de expresión y de no comunicación; la voluntad estética; el sentido de la vigencia de todo acto creador frente a la nada, aun la fiesta de escribir poesía y saberse poeta, lo distancian tanto de la facilidad como de la fragilidad del nadaísmo.

JAIME GARCÍA MAFFLA

## El tiempo de la palabra

Vuelvo a las calles  
Mario Rivero  
Fundación Guberek, Medellín, 1989

Hay libros que tienen un valor arqueológico, como el presente conjunto de Mario Rivero, quien explica: